



# VUELVO A LA TELEVISION



por Adolfo MARSILLACH

**M**E gustaría que estas líneas fueran un poco como una confesión. En primer lugar, porque a uno le encanta sincerarse de cuando en cuando. Después, porque todo el mundo está dispuesto en seguida a escuchar un secreto.

Pues bien, éste es el mío. Ahora, de pronto, cuando han pasado seis meses de mi programa «Silencio. ¡Se rueda!» y cuando estoy a las puertas de iniciar una nueva serie, me agrada hacer una pausa y volver la vista atrás, aun a riesgo de asustarme un poco.

Mucho se discutieron aquellos guiones y bastante se escribió a cuenta de su conveniencia, sin regatear los elogios, aunque sin

**SIGUE**



evitarme, tampoco, los insultos si venían a mano. De todo hubo, que de esto está hecha la vida: de contradicciones y apasionamientos, para que no resulte monótona. Y uno, por otra parte, ya está acostumbrado a estos desniveles.

Pero es el caso que a mí me importan un pito —y lamento no disponer de frase menos pintoresca— los ataques más o menos públicos de los que —no puedo adivinar todavía la razón— se sintieron aludidos —yo no sé si retratados— en los personajes de mis programas. Y digo eso del pito que no me importa no por presumir de valiente, sino porque tengo la conciencia tranquila y porque, además, uno adoptó hace ya tiempo determinada postura ante las cosas y no es momento de variarla por los desahogos paternales de algún director cinematográfico o las cartas amenazantes de correspondientes más o menos anónimos.

No creo haber hecho daño alguno al cine español; antes al contrario. En primer lugar, porque la cosa no era para tanto. Lo que ocurre es que esto del sentido del humor no parece que sea fruta madura en nuestro país. Los españoles —todo el mundo lo sabe— tenemos un desorbitado concepto del ridículo. A todos nos parece que nos señalan con el dedo antes de que alguien levante la mano. Es ésta una bendita tierra de picajosos, en la que cada uno se ríe del otro a condición de que no vaya luego a reírse de él. Hombre, no; no vale, don Luis —digo este nombre sin referirme a alguien en concreto, naturalmente—, no vale que usted se ofenda cuando nadie quiso ofenderle. ¿Por qué no aprende usted a aguantarse un poco? ¿Por qué no aprendemos todos? ¿O es que cree usted que yo no lo hago? Pero hombre, ¡si yo le contare, don Luis...!

Además, mi intención fue buena. Ya sé que en nombre de las intenciones buenas se han cometido algunos homicidios; pero no creo que sea éste mi caso. Por otra parte, aunque yo hubiera querido «cargarme» el cine español, me parece exagerado suponerme con suficiente fuerza como para conseguirlo. No, don Antonio, no —insisto en la gratitud de los nombres—; duerma usted tranquilo, que nuestra industria seguirá adelante y usted podrá romper todas las lanzas que quiera en su defensa. No nos extrañará que lo haga, porque sabemos que sus deseos son excelentes.

Tanto, en cualquier caso, como los míos. Los que me animaron a escribir mis guiones. De los que no me arrepiento. Y que no se me diga que era demasiado fácil meterse con el cine español por aquello que «del árbol caído...», porque ni estaba tan caído, ni era sólo del árbol de lo que yo hablaba, sino más bien —cuando podía— de todo el bosque.

Además, a mí es que el cine, en general, me da un poco de risa. Pero como tantas otras cosas. Como casi todas. Porque a mí eso de la risa me viene pronto; como un aire, o una fatalidad. Pero no se me ofendan ustedes, caramba, que esto de reírse no es malo, que se lo aseguro yo. Porque, además, hay gente que se ríe de que un viejecito se caiga en la calle y luego no le dan una mano para que se levante. Y eso sí que es fao, caramba. Así yo no sé reírme, para que se entere usted, don Luis, usted que me odia tanto. Y si yo no le doy más manos al cine español para ayudarle es un poco porque no me dejan y otro poco —para

que usted lo sepa, don Antonio— porque yo no soy rico, ni nada que se le parezca. Ni siquiera he tenido alguna vez un cargo de esos desde donde se pueden hacer cosas.

Con que dejémoslos de rencillas y vamos a lo nuestro, que me parece que debe ser lo mismo, digo yo: eso de hacer buen cine sin mirar con quién. Váyanse sus intenciones por las mías y aquí paz y allí gloria. Y si yo me voy a quedar más solo que la una —como usted quiere, don Luis—, pues bueno, me dedicaré a otros quehaceres, que no se me van a caer los anillos por eso, porque nunca los tuve, ya que en mi familia, don Antonio, llevamos tres generaciones escribiendo en los papeles, que no es cosa que dé para mucho cuando se hace con dignidad y honradez.

Pero es el caso que ahora empiezan unos nuevos guiones —digo ahora, justo en octubre— y estoy un tanto perplejo. Yo no sé lo que ustedes —me refiero a ustedes, público— pensarán de mí. A lo mejor se han imaginado que yo soy una especie de «echao pa allá», capaz de cantarles las verdades al lucero del alba. Que me voy a convertir en una especie de censor —más o menos oficial— de la vida española y que cuando este año se inicien mis programas, a más de cuatro se le va a poner la cara livida y van a pedir paños calientes antes de necesitarlos. Yo no lo sé, pero a lo mejor es así. Quizá lo que más les gustaba a ustedes de «Silencio. ¡Se rueda!» era lo que, en realidad, podía tenerse por accesorio. Si el éxito de aquellos guiones estuvo únicamente en ese infame morbo de: «Vamos a ver con quién se mete esta semana», entonces estoy perdido. Las historias que voy a contar esta vez carecerán frecuentemente de ese elemento escandaloso que, quizá, a las anteriores las hizo tan atractivas. Como es lógico, esto no significa que la serie de este año vaya a carecer de su parte proporcional de crítica. Y digo que esto no va a suceder, entre otras cosas, porque a mí lo de criticar escribiendo se me da fácil y antes de darme cuenta ya se me fue la mano.

Mis programas de este año llevarán el título genérico de: «Silencio. Vivimos». Con esto ya está claro que intentan enlazar, en cierto modo, con los que les precedieron. Aunque sin parecerse en los temas, desde luego. Y sin hablar de cine, naturalmente. Ni de televisión, como se ha dicho. No, no voy a hacer la anatomía del mundo de lo televisivo —necesaria palabra, a pesar de todo— porque resulta que luego tendría que hacerla del teatro, más tarde de la radio y después de la RENFE, ya subido al primer tren que se atreviera a llevarme fuera de España. Da la casualidad de que a mí me gusta mucho vivir aquí y que me gusta, incluso, vivir en paz. Y bien. De manera que no voy a estar jugándome el bigote todos los sábados, porque no me compensa.

Yo parto esta vez de algo un tanto inconcreto que, por ganas de llamarlo de alguna forma, digo que son «situaciones difíciles». La vida está llena de situaciones difíciles. La vida es difícil a pesar de que resulta tópico decirlo. Es difícil nacer y es difícil morir, aunque a veces resulta irrisantemente fácil. No sabemos lo que la vida nos prepara todos los días. No sabemos qué enemigo nos estará aguardando en esa esquina, ni de qué frase nos vamos a arrepentir, ni qué mirada no nos van a perdonar. Siempre hay un momento difícil. Intento también, de paso, explicar, de cuando en cuando, cómo reaccionamos los españoles ante estas situaciones comprometidas. La vida está ahí. Quiero contarla.

No sé si esta idea va a gustarles a ustedes —ustedes, los espectadores, que son los que me importan—. Yo quisiera que sí. Lo deseo como pocas veces en mi vida profesional he deseado algo. Quiero demostrar que no soy un ser virulento, capaz únicamente de atacar. Y si alguna vez —que la habrá— rozo sin querer la profesión de uno de ustedes, no me lo tengan demasiado en cuenta. No se me enfaden ustedes como don Luis o don Antonio, que lo tomaron tan a pecho. No lo hagan, porque me llevaría un disgusto muy gordo. Fíensen que yo estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para caerles simpático. A decir, incluso, si ustedes se empeñan, que soy extranjero.

# tele MUNDO



## estados unidos

En 1961 funcionaban en Norteamérica 54.000.000 de televisores, en Inglaterra 11.703.000, en Alemania 5.887.000, en Italia 2.790.000 y en Francia 2.474.000. En los Estados Unidos el promedio era un televisor por cada cuatro habitantes.

## dinamarca

La Municipalidad de Copenhague y la Oficina Nacional de Turismo acaban de crear una Bolsa Internacional de la Televisión y del Cine con el fin de atender los intereses de los importadores y exportadores de películas de todos los países. Será como un «supermercado» de films comerciales, documentales, telefilms y publicaciones de cine y televisión.

## malasia

En una reciente Conferencia de Radio y Televisión, el primer ministro de este país ha pedido a los veintidós países participantes que se unan para crear la «Asiavisión».

## japón

Dieuzaide, especialista de la televisión escolar francesa, dirigirá en Tokio las pruebas para seleccionar realizadores de TV educativa con destino a los programas asiáticos.

## francia

La duración media de las emisiones semanales en la TV francesa es de 81 horas según estadísticas oficiales. La sobrepasa únicamente en Europa la BBC con un total de 88 horas de emisión semanal. Los demás países están muy por debajo de estas cifras.

## marruecos

«La Eurovisión llegará este invierno a Marruecos mediante conexiones desde Tánger y al sur de Portugal». Esta declaración ha sido hecha por el ministro marroquí de Bellas Artes y Turismo, M. Moulay Ahmed Alaoui.

## inglaterra

La crítica inglesa de TV ha elogiado con grandes caracteres la realización, dirección e interpretación de la novela española Premio Formentor «Tormenta de Verano» («Summer Storm» en inglés), original de Juan García Hortelano, que la BBC ha ofrecido hace unos días en su espacio «Studio 4».

